

bes ó las estalactitas. No ofrecería en sí, por lo tanto, nada de interesante desde cualquier otro punto de vista. Veremos, sin embargo, á continuación, en qué medida es lícito y útil aplicar al organismo esas explicaciones sacadas de la Física y de la Química, pues mostraré que la fuerza vital emplea y utiliza indudablemente las fuerzas de la Naturaleza inorgánica, pero no se compone de ellas, como el herrero no se compone de yunques y martillos. Ni aún la vida vegetal, cuya complejidad es tan escasa, puede explicarse por aquellas fuerzas, por ejemplo, por la capilaridad y la endósmosis; luego, con mayor motivo, serán incapaces de explicar la vida de los animales. Las consideraciones siguientes facilitarán la inteligencia de lo que acabo de anunciar, cuya exposición no era fácil.

Lo anterior nos enseña que la ciencia natural se equivoca de camino, cuando quiere reducir los grados superiores de objetivación de la voluntad á los grados inferiores, puesto que desconocer y negar fuerzas naturales primitivas é independientes, es tan erróneo como admitir fuerzas especiales allí donde no hay más que una manifestación especial de fuerzas ya conocidas. Kant dice con razón que sería insensato esperar un «Newton del tallo de hierba,» es decir, un hombre capaz de reducir un tallo de hierba á fenómenos de fuerzas físicas y químicas, cuya concreción fuese aquella planta. Sería ésta entonces un mero juego de la Naturaleza, en el cual no aparecería Idea especial alguna, es decir, donde la voluntad no se manifestaría directamente en un grado superior y preciso, sino en el mismo en que se manifiesta en los fenómenos de la Naturaleza inorgánica, ofreciendo accidentalmente aquella forma. Los escolásticos, que jamás hubieran admitido un procedimiento de este género, dirían que esto era negar totalmente la «*forma substantialis*» y rebajarla á la *forma accidentalis*.

La *forma substantialis* de Aristóteles designa exactamente lo que yo llamo el grado de objetivación de la voluntad en una cosa.

Por otra parte, no hay que perder de vista que, en todas las Ideas, es decir, en todas las fuerzas de la Naturaleza inorgánica y en todas las formas de la Naturaleza orgánica, lo que se manifiesta, es decir, lo que reviste la forma de representación, la objetividad, es una misma y única voluntad. Esta unidad debe de poder reconocerse, por tanto, en un parentesco interior que enlace todos los fenómenos. En los escalones superiores de la objetividad, allí donde el fenómeno es más aparente, á saber, en los reinos vegetal y animal se manifiesta ese parentesco en la analogía precisa y general de todas las formas, en el tipo fundamental que se reproduce en todos los fenómenos; tal es el principio que ha servido de base al excelente sistema zoológico, creado á principios de este siglo por los franceses, y que la anatomía comparada nos muestra como *la unidad de plan, la uniformidad del elemento anatómico*.

Los naturalistas de la escuela de Schelling se han ocupado principalmente en demostrar este principio; por lo menos, han hecho laudables esfuerzos en tal sentido, adquiriendo más de un mérito, aunque su caza de analogías en la Naturaleza, haya degenerado en sutilidad en muchos casos. Pero han señalado con razón hasta en las Ideas de la Naturaleza inorgánica ese parentesco general y ese parecido de familia; por ejemplo, entre la electricidad y el magnetismo, cuya identidad se ha comprobado después, entre la atracción química y la gravedad, etcétera. Especialmente hicieron observar que la *polaridad*, es decir, el desdoblamiento de una fuerza en dos acciones cualitativamente distintas y contrarias, que tienden á combinarse de nuevo y que además se mani-

fiestan casi siempre por una divergencia de direcciones opuestas en el espacio, que esta polaridad, repito, es el tipo fundamental de casi todos los fenómenos de la Naturaleza, desde el imán al hombre. Esta noción es conocida en China desde los tiempos más remotos por la teoría del Yin y del Yang.

Puesto que todas las cosas de este mundo son la objetivación de una misma voluntad, y son por consiguiente idénticas en su esencia íntima, no sólo debe de haber entre ellas esa analogía que no puede negarse; no sólo en las cosas menos perfectas debe manifestarse ya la huella, el vestigio, el germen de las más perfectas, que inmediatamente les siguen; sino que también, desde el momento en que todos estos fenómenos no pertenecen más que al mundo como representación, puede admitirse que en aquellas formas que son el verdadero armazón del mundo visible—el tiempo y el espacio—se debe de poder descubrir y manifestar el tipo fundamental, el vestigio, el germen de todo lo que llena dichas formas. Un vago vislumbre de estas nociones parece que fué lo que dió origen á la Cábala, y á la filosofía matemática de los pitagóricos, desarrollada también entre los chinos en el Y-king; en la escuela de Schelling, junto á estos esfuerzos para hacer resaltar las analogías entre todos los fenómenos de la Naturaleza, hallamos también algunas tentativas, infructuosas en verdad, para deducir alguna ley natural de las simples leyes del espacio y del tiempo. No sabemos si algún genio llegará á convertir en realidad un día los ensayos intentados en esta doble dirección.

Hemos visto que no hay que olvidar jamás la diferencia que existe entre el fenómeno y la cosa en sí, y que la identidad de la voluntad objetivada en todas las Ideas, no debe convertirse falsamente en una identidad

de Ideas que son en sí mismas especiales, puesto que la voluntad tiene grados determinados de objetivación; sabemos, por ejemplo, que la atracción química ó eléctrica no debe ser reducida á la atracción que obra por virtud de la gravedad, aunque no se pueda negar su analogía íntima y aunque las dos primeras puedan ser consideradas como potencias superiores de la última. De igual modo, la analogía de conformación anatómica de todos los animales no nos autoriza para confundir é identificar las especies, sosteniendo que las superiores no son más que variedades de las inferiores; sabemos en fin que las funciones orgánicas no deben reducirse á procesos químicos ó físicos. Sin embargo, esta manera de proceder, encerrada dentro de ciertos límites, puede justificarse por las consideraciones siguientes, que presentan gran verosimilitud.

Cuando entre muchos de los fenómenos de la voluntad, en los grados más bajos de su objetivación, es decir, en el mundo inorgánico, surge un conflicto, porque cada uno de ellos, traído por la serie causal, trata de apoderarse de la materia, sale de este conflicto el fenómeno de una idea superior, que predomina sobre todas aquellas, más imperfectas, que antes existían, pero de manera que deja subsistir la esencia de estas últimas en un estado subordinado, no apropiándose más que lo análogo á ella; procedimiento que sólo es comprensible por la identidad de la voluntad que se manifiesta en todas las Ideas y por su tendencia á una objetivación cada vez más elevada. En la solidificación de los huesos, *verbi gratia*, vemos un estado análogo á la cristalización que dominaba, en el origen, en las cales, aunque la osificación no pueda reducirse nunca á una cristalización. La analogía es más débil en la solidificación de las carnes. Igualmente, la mezcla de los humores en el

cuerpo de los animales, así como la secreción, son un estado análogo á la combinación y á la descomposición químicas; allí también obran aún las leyes químicas, pero debilitadas, modificadas y alteradas por una Idea superior: las fuerzas químicas solas no producirían jamás semejantes humores, fuera del organismo.

«La química llama á eso *Encheiresin naturæ*
y sin pensarlo, se burla de sí misma.»

(FAUSTO.)

Después de haberse sobrepuesto de esta manera á las Ideas ú objetivaciones de la voluntad en un grado inferior, la Idea superior que se produce adquiere un nuevo carácter por el mismo hecho de haber tomado de aquellas algún rasgo de analogía, llevado á su más alta expresión; la voluntad se objetiva de una manera nueva y más acentuada; y entonces se forman, primero, por generación equívoca, y en seguida por asimilación al germen creado, la savia orgánica, la planta, el animal, el hombre. Así, pues, de la lucha de los fenómenos inferiores resulta el fenómeno superior que los absorba á todos y que al mismo tiempo realiza su aspiración hacia un estado más alto. Aquí reina también la ley enunciada de esta manera: «*Serpens, nisi serpentem comederit, non fit draco.*»

Hubiera deseado que, con la claridad de la exposición, se disipase la oscuridad de las reflexiones referentes á esta materia, pero es necesario que las propias meditaciones del lector me sirvan de auxiliar poderoso para que no se me entienda mal, ó quede sin comprender lo que digo.

De las consideraciones anteriores resulta que en el organismo se encuentran ciertamente huellas de las ac-

ciones físicas y químicas, pero que no se le puede explicar por ellas, puesto que no es un fenómeno producido por el trabajo combinado de esas fuerzas, y que aparezca accidentalmente, sino una Idea superior que ha subyugado á aquellas Ideas inferiores por medio de una *asimilación más potente*; porque esa voluntad, única que se objetiva en toda Idea, tendiendo siempre á la objetivación más elevada posible, abandona aquí los grados inferiores de su fenómeno, después del conflicto producido entre ellos, para aparecer con mayor energía en un escalón superior. No hay victoria sin combate; al mismo tiempo que la Idea más elevada, ó la objetivación superior de la voluntad, no puede manifestarse sino echando á tierra las Ideas inferiores, se resiente sin embargo de la resistencia de estas últimas, que aunque reducidas á servidumbre, aspiran de continuo á poder manifestar libremente y por completo su propia esencia. Así como el imán que ha levantado una barra de hierro sostiene una incesante lucha con la pesantez, que, á título de objetivación inferior de la voluntad, tiene derechos más antiguos sobre la materia de aquel hierro, y en esta lucha constante el iman adquiere mayor potencia, por el hecho de que la resistencia que halla le impulsa en cierta manera á redoblar sus esfuerzos, así también cualquier otro fenómeno de la voluntad, hasta el que aparece en el organismo humano, mantiene un combate perpetuo con las numerosas fuerzas físicas y químicas que, en calidad de Ideas inferiores, tienen prioridad de derechos sobre la misma materia. He aquí por qué vuelve á caer el brazo que se ha tenido extendido, contrarrestando por algún tiempo la pesantez; he aquí lo que trae también las interrupciones tan frecuentes de la sensación de bienestar que proporciona la salud, la cual expresa la victoria de la Idea objetivada en un organismo consciente, sobre las

leyes físicas y químicas que gobernaban en el origen á los elementos del cuerpo. No sólo se interrumpe á veces esa sensación, sino que va siempre acompañada de cierto malestar más ó menos acentuado que proviene de la resistencia de aquellas fuerzas, en virtud de la cual la parte vegetativa de nuestra vida está afectada constantemente de un ligero dolor. También se debe á esto el que la digestión deprima todas las funciones animales á causa de que acapara toda la fuerza vital para vencer, por medio de la asimilación, las fuerzas naturales químicas. En fin, de ahí resulta asimismo el peso de la vida física, la necesidad del sueño y al cabo la de la muerte, pues esas fuerzas naturales subyugadas, favorecidas finalmente por las circunstancias, arrancan al organismo, gastado por sus perpetuas victorias, la materia que él las quitó, y llegan á manifestar, sin obstáculos, su propia naturaleza.

Puede decirse que cada organismo no representa la Idea cuya imagen es, sino después de deducida aquella porción de su actividad que tiene que emplear en someter á las Ideas inferiores que le disputan la materia. Esto es lo que Jacobo Böhm parece haber entrevisto vagamente cuando dice en algún pasaje de sus obras, que, hablando con propiedad, los cuerpos de los hombres y de los animales y hasta los vegetales están medio muertos. En la misma medida, más ó menos completa, en que el organismo consigue vencer á las fuerzas naturales, que expresan los grados inferiores de objetivación de la voluntad, llega á la expresión más ó menos perfecta de su propia Idea, es decir, se aproximará ó se alejará del *Ideal*, que en cada género personifica la belleza.

He aquí como en la Naturaleza hallamos por todas partes conflictos, combates y alternativas de victoria. Esto nos ayudará más adelante á comprender con claridad el

disentimiento esencial de la voluntad consigo misma. Cada grado de objetivación de la voluntad disputa á otro la materia, el espacio y el tiempo. La materia permanente debe cambiar perpetuamente de forma, porque los fenómenos mecánicos, físicos, químicos y orgánicos dirigidos por la causalidad é impacientes por manifestarse, se la disputan ávidamente, queriendo cada uno de ellos expresar su Idea. La existencia de esta lucha puede observarse en toda la Naturaleza, que á su vez sólo por semejante lucha existe: *Nam si non inesset in rebus contentio, unum omnia essent, ut ait Empedocles.* (Arist. *Metaph.* B. 5.) Esa lucha no es más que la manifestación del disentimiento esencial de la voluntad consigo misma.

Este combate universal es más visible en el reino animal, que se alimenta del reino vegetal y en que cada animal sirve á su vez de presa y de alimento á algún otro, es decir, que cada animal debe ceder la materia en la cual se representaba su Idea para que otra pueda manifestarse, pues una criatura viviente no puede conservar su vida más que á expensas de otra, de tal modo que la voluntad de vivir se nutre constantemente de su propia substancia, y bajo sus diversas formas, constituye su propio alimento. En cuanto á la especie humana que ha llegado á subyugar á todas las demás, considera á la Naturaleza como un producto creado para ella, pero nos muestra también con aterradora claridad, como veremos en el libro 4.º, el espectáculo de esa misma lucha, de ese disentimiento de la voluntad consigo misma, por el cual llega á ser el hombre *homini lupus*.

Esta misma lucha y estas mismas victorias, las hallamos en los grados inferiores de objetivación de la voluntad. Muchos insectos (especialmente los ichmeumonidas) depositan sus huevos debajo de la piel, y áun dentro del cuerpo de las larvas de otros, cuya lenta des-

trucción será el primer trabajo del germen que va á desarrollarse. Entre los pólipos con brazos, llamados hidras, el individuo joven que se agita sobre un individuo viejo, del cual se desprenderá más adelante, lucha con él por la presa que se presenta, mientras permanecen unidos, y los dos se la quitan mutuamente de la boca (Trembley Polypod, II, pág. 110, y III, pág. 165). El ejemplo más admirable de esta clase nos lo ofrece la *hormiga bull-dog* de Australia (*bull-dogant*): si se la parte en dos, se entabla un combate entre la mitad anterior y la mitad posterior: la cabeza coge con las mandíbulas á la última, que se defiende valientemente con su aguijón; el combate dura de ordinario una media hora, hasta que otras hormigas se llevan á las dos mitades. El hecho se produce siempre. (Extracto de una carta de Howitt en el *W. Journal*, reproducida por el *Galiguani's Messenger* del 17 de Noviembre de 1855.) En las riberas del Misouri se encuentra muchas veces un roble majestuoso, cuyo tronco rodea una gigantesca vid silvestre, y cuyas ramas abraza y ciñe con tal fuerza, que el árbol parece ahogado. Lo mismo ocurre en grados inferiores, por ejemplo, cuando por asimilación orgánica el agua y el carbono se convierten en savia vegetal, ó cuando el vegetal ó el pan se truecan en sangre, y, en fin, donde quiera que una secreción animal se produce, obligando á las fuerzas químicas á no obrar más que con una actividad subordinada.

El mismo fenómeno se presenta en el reino inorgánico, cuando los cristales nacientes tropiezan, se cruzan y se estorban mutuamente, hasta el punto de no poder mostrar la forma pura de su cristalización; casi todas las incrustaciones son la imagen de esa lucha de voluntad, en un grado tan bajo de objetivación. Otros ejemplos de esto son el imán cuando impone sus propiedades

magnéticas al hierro, á fin de manifestar en él su Idea, ó el galvanismo cuando triunfa de las afinidades químicas, descompone los compuestos más estables, y suprime hasta tal punto la acción de las leyes de la Química, que el ácido de una sal descompuesta en el polo negativo, se dirige al positivo, sin poder combinarse con los álcalis que debe atravesar, y sin enrojecer siquiera el papel de tornasol puesto en su camino.

En mayor escala se observa lo mismo en la relación entre un cuerpo celeste central y su planeta; aunque éste último se encuentra en dependencia absoluta del primero, resiste constantemente, lo mismo que las fuerzas físicas en el organismo, de donde resulta esa perpetua oposición entre la fuerza centrífuga y la fuerza centrípeta, que conserva el movimiento en el sistema del universo, y que es también una expresión de esa lucha general de que hablamos, esencialmente propia del fenómeno de la voluntad. Como cada cuerpo es fenómeno de la voluntad, y como la voluntad se presenta necesariamente como una tendencia, el estado primitivo de todo cuerpo celeste condensado en esfera no puede ser el reposo, sino el movimiento, la tendencia á avanzar sin descanso y sin fin, por el espacio infinito. Esto no está en contradicción, ni con la ley de la inercia, ni con la de causalidad, pues siendo la materia, por virtud de la primera, indiferente al reposo y al movimiento, su estado primitivo puede haber sido lo mismo el uno que el otro; luego cuando la hallamos en movimiento, tenemos el derecho de suponer que este estado ha precedido al de reposo, y de preguntar la causa del movimiento inicial; de igual manera, al encontrarla inmóvil tendríamos el derecho de admitir un estado anterior al movimiento, y de preguntar por qué ha cesado éste.

No hay que buscar, pues, un impulso primero en la

fuerza centrífuga. Según la hipótesis de Kant y Laplace, ésta es, en los planetas, un resto de la rotación primitiva del cuerpo celeste central, que continúa su rotación y vuela al mismo tiempo por el espacio sin límites abierto delante de él, ó gira quizá alrededor de otro sol mayor, invisible para nosotros.

De conformidad con estas ideas, sospechan los astrónomos la existencia de un sol central. Han observado también el alejamiento progresivo de todo nuestro sistema solar y tal vez hasta del conjunto mismo del grupo estelar á que pertenece nuestro sol, de donde podría deducirse la marcha general de todas las llamadas estrellas fijas, incluyendo al sol central, pero en lo infinito del espacio pierde este hecho toda susignificación (puesto que el movimiento no se distingue del reposo en el espacio absoluto) y expresa sólo lo que hemos visto expresarse en la aspiración y en la carrera sin fin de los astros, esa nada, esa ausencia de un objetivo final que la conclusión del presente libro nos hará reconocer constantemente en las aspiraciones de la voluntad, cualesquiera que sean sus fenómenos, de donde resulta también que el espacio finito y el tiempo infinito deben constituir las formas más generales del fenómeno total de la voluntad, fenómeno que expresa la esencia entera de ella.

En fin, podemos encontrar de nuevo esa misma lucha de todos los fenómenos de la voluntad entre sí, hasta en la materia pura, considerada como tal, es decir, como Kant describió exactamente la esencia de su fenómeno, compuesto de una fuerza de atracción y otra de repulsión, de suerte que esa misma materia no existe más que por la lucha entre dos fuerzas opuestas.

Si hacemos abstracción de toda diferencia química en la materia ó si, con el pensamiento, nos remontamos en

la serie de las causas y de los efectos hasta aquel punto en que no existía aún diferencia química alguna, no quedará más que la materia pura, más que el mundo aglomerado en forma de esfera, cuya existencia, ó sea la objetivación de la voluntad, consiste en el conflicto entre la atracción y la repulsión; la primera, bajo la forma de gravedad, tendiendo en todas partes hacia el centro; la segunda, bajo la forma de impenetrabilidad, resistiendo á la otra por la rigidez ó la elasticidad. Esta combinación de empuje y de resistencia constante puede ser considerada como la objetivación de la voluntad en el grado más bajo, pero que expresa ya su carácter.

Vemos, pues, á la voluntad mostrarse en el último escalón como un esfuerzo ciego, como una impulsión oscura y vaga, desprovista de todo conocimiento. Esta es su objetivación más sencilla y más débil. La vemos aparecer todavía en toda la Naturaleza inorgánica, con esa misma forma de impulso ciego y de tendencia inconsciente. Así se revela en todas las fuerzas primitivas cuyas leyes forman el objeto de la Física y la Química; cada una de estas fuerzas se manifiesta en millones de fenómenos, semejantes todos, todos igualmente regulares, sin que ofrezcan la menor huella de un carácter individual; multiplicados por el tiempo y por el espacio, es decir, por el principio de individuación, como una imagen repetida por las facetas de un cristal.

Aunque á partir de aquí la voluntad se objetiva más distintamente de grado en grado, la vemos aún en el reino vegetal,—donde, sin embargo, no son las causas, sino las excitaciones las que enlazan sus fenómenos,—mostrarse por entero inconsciente y bajo la forma de una fuerza que obra sordamente. Lo mismo pasa en la parte vegetativa del fenómeno animal, en la generación y en el desenvolvimiento de todos los animales, así como en la